

MUJERES AGUAS ARRIBA

HISTORIAS DE VIDA EN EL SECTOR DE AGUA,
SANEAMIENTO Y RESIDUOS SÓLIDOS



RECONOCIMIENTO

Mujeres Aguas Arriba es posible gracias a la colaboración entre Latitud R, los Gobiernos de América Latina y el Caribe, la Cooperación Española a través del Fondo de Cooperación para Agua y Saneamiento (FCAS), y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Trabajan de manera conjunta para garantizar de manera efectiva los Derechos Humanos al agua y al saneamiento en la región, con un enfoque especial en las poblaciones rurales más desfavorecidas. Además, se impulsan iniciativas que promueven la igualdad de género y se fomenta la gestión integrada de los Recursos Hídricos.

Equipo de Mujeres Aguas Arriba:

Coordinación General: Anamaría Núñez

Producción ejecutiva: María Augusta Olmedo

Especialistas de género: Leticia Ortega y Naiara Martínez

Contenido: Andrea Ortega Carreño y Paul Constance

Ilustración: Verónica Alvarado y Carolina Curbelo

Diseño y edición: Natalie Ponce Hornos

Producción audiovisual: Adriana Loeff

Copyright © 2024 Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Esta obra se encuentra sujeta a una licencia Creative Commons CC BY 3.0 IGO (<https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/igo/legalcode>). Se deberá cumplir los términos y condiciones señalados en el enlace URL y otorgar el respectivo reconocimiento al BID.

En alcance a la sección 8 de la licencia indicada, cualquier mediación relacionada con disputas que surjan bajo esta licencia será llevada a cabo de conformidad con el Reglamento de Mediación de la OMPI. Cualquier disputa relacionada con el uso de las obras del BID que no pueda resolverse amistosamente se someterá a arbitraje de conformidad con las reglas de la Comisión de las Naciones Unidas para el Derecho Mercantil (CNUDMI). El uso del nombre del BID para cualquier fin distinto al reconocimiento respectivo y el uso del logotipo del BID, no están autorizados por esta licencia y requieren de un acuerdo de licencia adicional.

Note que el enlace URL incluye términos y condiciones que forman parte integral de esta licencia.

Las opiniones expresadas en esta obra son exclusivamente de los autores y no necesariamente reflejan el punto de vista del BID, de su Directorio Ejecutivo ni de los países que representa.



MUJERES AGUAS ARRIBA

HISTORIAS DE VIDA EN EL SECTOR DE AGUA,
SANEAMIENTO Y RESIDUOS SÓLIDOS

INTRODUCCIÓN

El proyecto “Mujeres Aguas Arriba” destaca la incursión exitosa de mujeres en roles tradicionalmente masculinos, desde posiciones estratégicas para la toma de decisiones hasta oficios como la fontanería y el manejo de maquinaria pesada, mostrando cómo han derribado barreras y desafiado percepciones convencionales en América Latina y el Caribe.

Estas narrativas buscan inspirarnos a explorar oportunidades, reconociendo el impacto positivo de la diversidad en la construcción de la calidad de vida de las personas. Con más mujeres involucradas, especialmente tomando decisiones, se fortalece la capacidad del sector de agua, saneamiento y residuos sólidos, para abordar desafíos críticos, desde la conservación del agua hasta la gestión eficiente de los residuos.

En efecto, impulsar la igualdad de género en infraestructura, requiere incorporar y fomentar la participación de las mujeres en su diseño y construcción, además de impulsar que las usuarias sean agentes con voz y voto a la hora de definir los servicios a ser provistos.

Para sumergirse en estas historias de resiliencia y logros, te invitamos a ver, leer y escuchar cada relato. Cada mujer perfilada en este proyecto es un recordatorio de que la igualdad e inclusión son fundamentales para un mejor futuro para todas las personas y nuestro planeta.

LAURA GUANOLUISA

La defensora de los trabajadores
de los residuos

Historia 1

ECUADOR





Laura Guanoluisa era una niña llena de preguntas. Tantas, que muchas veces su familia se escondía bajo la mesa o detrás de un armario apenas la veían aparecer con su mirada curiosa y las palabras en la punta de la lengua.

Una mañana tomó a su abuelo desprevenido: “¿Cuál es tu trabajo?”, le preguntó con ojos iluminados. Belisario se acomodó la gorra y aprovechó esos segundos para pensar una respuesta que conformara a esta nieta que le gustaba tanto preguntar. Abrió la boca para comenzar una larga explicación cuando se le ocurrió otra cosa. “Vamos, te voy a mostrar”.

Cuando llegaron al vertedero Laura se quedó impresionada. Había cientos de aves volando alrededor de unos picos altísimos que se dibujaban en el horizonte de su mirada. Los perros corrían esquivando pilas de escombros y mujeres, niños y hombres recorrían esas cumbres con bolsas y carros buscando algo para comer.

Muy pronto Laura descubrió que esas montañas estaban hechas de basura apilada. Miles de bolsas repletas llegaban todo el tiempo al vertedero trayendo los residuos de gran parte de Quito. Había mal olor y estaba un poco asustada, pero su abuelo la tomó de la mano y le explicó qué iban a buscar allí.

Desde los 5 años, Laura comenzó a visitar los vertederos de la ciudad junto a Belisario. Él le explicó que en esos lugares había elementos valiosos como el cartón, el vidrio, el plástico, los metales y muchas cosas más, que se podían separar, acopiar y vender a industrias que se encargan de reciclarlos. Un poco jugando y otro tanto en serio, aprendió el oficio y de vez en cuando encontraba tesoros escondidos como peluches y muñecos que se convirtieron en sus amigos inseparables.

Pasaron los años y las visitas al vertedero se convirtieron en el trabajo de Laura. La tarea era dura y, muchas veces, peligrosa. Todos los días corría riesgo de lastimarse o contagiarse enfermedades. Pero, al mismo tiempo, era lo que le permitía alimentarse y cuidar de ella y su familia.

Por suerte, la curiosidad nunca abandonó a Laura. “¿Es posible trabajar de otra forma?”, se preguntó. Transformar la realidad era un gran desafío, pero valía la pena intentar que una tarea tan importante para el cuidado del ambiente en su ciudad fuera reconocida y valorada por todas las personas.

Compartió esas preguntas con sus compañeras y compañeros en el vertedero. Dedicó parte de su tiempo a conversar y escuchar sus experiencias para encontrar las respuestas entre todos. Así se fueron organizando mientras pensaban cómo dar a conocer su trabajo como recicladores y para que todo Quito aprendiera a separar los residuos en los hogares.

Hoy Laura es presidenta de la Red Nacional de Recicladores de Ecuador (RENAREC), un espacio donde las organizaciones que se dedican al reciclaje trabajan juntas para hacer cumplir sus derechos, mejorar sus condiciones de vida y, también, generar conciencia sobre la necesidad de cuidar el ambiente.

Así como cuando empezó a ir al vertedero con Belisario era una de las únicas niñas, hoy Laura es una de las pocas mujeres que ocupan estos espacios de liderazgo en el mundo del reciclaje.

Al principio, a las personas les parecía extraño que fuera la lideresa de una red tan importante. Era la única que había alcanzado esa posición. Dudaban de su capacidad y le preguntaban si iba a poder cumplir con ese rol de tanta responsabilidad y cuidar de su familia al mismo tiempo. Laura confiaba en que era posible, estaba llena de confianza y contaba con el apoyo incondicional de su esposo y sus hijos.

Laura es una líder innata. Tiene una mirada amable y sonrío como un

“

Poco a poco, estamos ayudando a la gente a entender que nuestro trabajo es muy importante, que nosotros también hacemos un aporte a la ciudad, al ambiente, a la economía y al país, y a la economía nuestra también, porque de esto vivimos”.



abrazo. Usa palabras cálidas y motivadoras. Es una orgullosa referente del reciclado en su comunidad y se emociona al ver el lugar que ocupa, experimentando situaciones que nunca se atrevió a soñar. Es también una figura importante para sus hijos y su familia, que aprenden junto a ella que los estereotipos son prejuicios que es necesario revisar.

“Poco a poco, estamos ayudando a la gente a entender que nuestro trabajo es muy importante, que nosotros también hacemos un aporte a la ciudad, al ambiente, a la economía y al país, y a la economía nuestra también, porque de esto vivimos”.

Como representante de la RENAREC, Laura trabaja junto a funcionarios, ministros y ¡hasta el presidente! Viaja por el mundo contando la experiencia de quienes trabajan en el reciclaje en Quito y habla en conferencias donde comparte experiencias con líderes y lideresas de las industrias del reciclaje y el saneamiento.

Laura estudia, promueve, anima y organiza mientras trabaja por un presente más habitable para quienes viven en Ecuador. Quiere un futuro para sus nietas y nietos, uno donde el camino que comenzó de la mano del abuelo Belisario florezca en oportunidades que inspiren a muchas más personas en su país.

CRISTINA ARANGO

Lucha por la inclusión de más mujeres
al agua y el saneamiento

Historia 2

COLOMBIA





Cristina Arango pasea con su bicicleta por caminos distintos. Elige uno nuevo cada vez. Parece un viaje vertiginoso, pero en realidad es un recorrido que fluye tan rápido como su claridad sobre el futuro que sueña para ella y para Colombia.

Desde su juventud tenía un deseo: trabajar para mejorar la vida de las personas. Existen muchas formas de construir ese camino. Hay quienes se dedican al cuidado de sus familias o de los más vulnerables. Otros se apasionan por una causa y se comprometen plenamente. Y también están las personas que encuentran su vocación en el servicio público.

“Si una se va a levantar todos los días para ir a un trabajo, lo más importante es hacer algo que a una realmente le guste”, pensó Cristina. Por eso, cuando terminó la escuela, se inscribió en la Universidad de los Andes de Colombia. Eligió la carrera de Economía y luego estudió administración pública. Aunque hay quienes se atemorizan con los números y las fórmulas, ella encontró en esa formación un marco desde donde mirar su país y proyectar el futuro.

Al poco tiempo de recibirse, llegó el momento de poner todo su conocimiento en acción, pero ¿cómo? Primero, comenzó a trabajar en el gobierno de Cali donde ganó mucha experiencia que la ayudó a crecer y tomar más responsabilidades. Y cuando la convocaron a formar parte de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá, no lo dudó y aceptó el trabajo más desafiante de su carrera.

Ingresar en ese mundo tuvo sus dificultades. Aun cuando en Colombia hay muchas mujeres trabajando en temas relacionados con el ambiente y el saneamiento, sigue siendo un espacio ocupado principalmente por hombres. Con apenas 40 años, Cristina se puso al frente de un sector que las mujeres no siempre eligen y en donde, en ocasiones, no tienen lugar.

Entre túneles, cañerías, drenajes y miles de litros de agua, Cristina se involucró con la preservación de este recurso vital. Diariamente enfrentaba desafíos para brindar el servicio a más de 2 millones de habitantes y necesitaba incorporar otras perspectivas, por eso impulsó el ingreso de más mujeres a la compañía.

“En la medida en que la diversidad se apropie más del sector del agua, vamos a poder encontrar nuevas y mejores formas de hacer las cosas, solo porque la visión o la forma de hacerlas va a ser diferente”.

Fue la directora de la empresa durante varios años hasta que decidió tomar otro rumbo, como el agua. Pero algo no cambió. Para Cristina no hay transformaciones pequeñas o menores cuando se busca un mundo más igualitario. Las palabras son poderosas y tienen la capacidad de crear miradas sobre el mundo. Cuando están cargadas de estereotipos y sesgos pueden convertirse en barreras para las mujeres.

“El cargo se llama así ‘fontanero’. Y necesitamos no solo fontaneros, ¡sino fontaneras!”

Desde el lugar que ocupa, y por cómo se involucra con su trabajo, Cristina quiere que más mujeres se sientan inspiradas a explorar su potencial para sumarse al cuidado del ambiente aprendiendo y desarrollándose en profesiones relacionadas con el agua y el saneamiento.

Mientras prepara el desayuno para sus hijas, o las acompaña con paciencia en sus tareas, no solo es su mamá. También es una mujer que busca generar un camino más igualitario para que sus niñas, y todas las chicas en Colombia, puedan valorar sus capacidades y decidir qué camino quieren hacer.

“

En la medida en que la diversidad se apropie más del sector del agua, vamos a poder encontrar nuevas y mejores formas de hacer las cosas, solo porqu la visión o la forma de hacerlas va a ser diferente”.



Cuando el agua se mueve, todo se transforma. Cuando las mujeres se incorporan a espacios de trabajo y a puestos laborales donde pueden decidir, innovar y hacer oír su voz, todo se transforma.

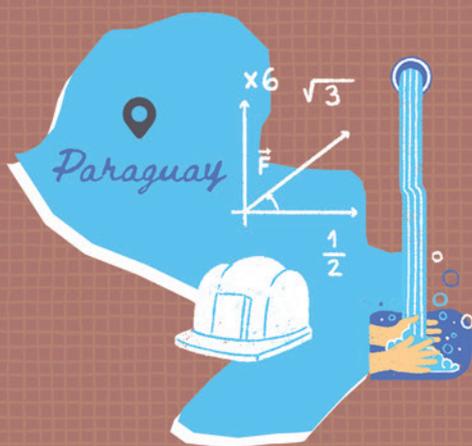
SARA LÓPEZ

La ingeniera que lucha por un modelo comunitario de agua y saneamiento

Historia 3

PARAGUAY





En el patio de Sara en Asunción había plantas, un perro, muchas aves ruidosas y también un pozo muy profundo con una polea y una soga larga de la que colgaba un balde. Aunque para sus ojos de niña parecía un agujero oscuro y un poco aterrador, ese hueco misterioso que hacía trabajar tanto a su madre y a su abuela guardaba un secreto: estaba lleno de agua.

En muchas casas de Paraguay las personas no pueden, simplemente, abrir una canilla cuando necesitan agua y muchas menos tienen un baño dentro de su casa. El agua está, pero no siempre ni en todos lados es accesible, potable o existen las tuberías que la acerquen a los hogares. Las personas tienen que sacarla de pozos excavados en la tierra y cargar baldes rebosantes y pesados para hidratarse, cocinar, lavar, limpiar, regar las plantas y las huertas; es decir, sostener la vida.

Eso llamaba mucho la atención de Sara que, aunque soñaba con ser médica, terminó estudiando ingeniería civil en la Universidad Católica de Paraguay. En una sociedad tradicional se espera que las mujeres se ocupen de sus familias y su madre pensaba que una carrera en el ámbito de la salud podía ser demasiado exigente. Sara no quiso contradecirla y casi sin querer, asumió un desafío mucho más grande.

La ingeniería es una carrera universitaria que estudian principalmente los hombres. Sara fue una de las 10 mujeres ingenieras de su clase en una generación que contaba con más de 60 hombres en el camino a la graduación. Esta desigualdad no la amedrentó; por el contrario, la impulsó a seguir avanzando con la inspiración de visibilizar el esfuerzo que hacen miles de mujeres a diario para proveer de agua a sus hogares.

Recibida de Ingeniera Civil, empezó a trabajar en el Servicio Nacional de Saneamiento Ambiental (SENASA), un organismo del Estado que proyecta obras para acercar el agua potable y el saneamiento a pequeñas localida-

des de todo Paraguay. Fue la primera mujer ingeniera en esa empresa, en un sector donde la gran mayoría de los trabajadores son hombres.

“Nosotras tenemos la capacidad de estar en miles de lugares cumpliendo diferentes roles. Yo creo que ahí está la fortaleza de las mujeres. Solo es cuestión de que se nos dé la oportunidad”, cuenta Sara.

Se sumó al área de proyectos, un lugar esencial para definir los cambios y la infraestructura necesaria para que todas las personas tengan acceso al agua. Sara comenzó a recorrer su país para conocer y registrar las condiciones de vida de las personas que habitan en las zonas rurales. Conversando y visitando los pueblos, las familias y las organizaciones del territorio se enamoró del entorno y su gente, y pudo entender cómo se las arreglan para seguir adelante a pesar del aislamiento de las tramas urbanas.

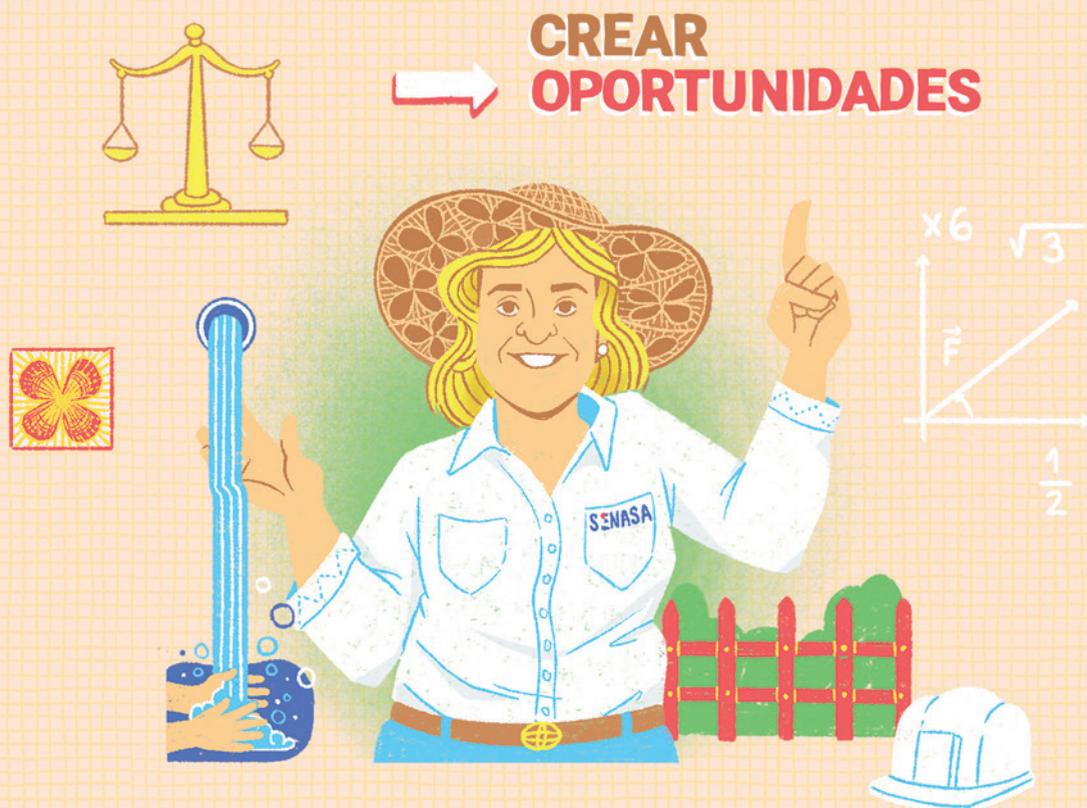
Aprender guaraní, el idioma nativo que utiliza el 60% de la población, fue muy importante para construir lazos de confianza y colaboración con las mujeres y los hombres de la ruralidad. Recorriendo la geografía de su país, Sara reconoció la relación directa de las mujeres y el agua, como cuidadoras y garantes de este derecho humano fundamental para la vida.

Crear una nueva cartografía que integre las obras necesarias, las necesidades de las poblaciones rurales y el rol que cumplen las mujeres en hacer posible el acceso al agua le permitió a Sara ampliar la propuesta de SENASA.

Recordando el esfuerzo que hacían su madre y su abuela para extraer el agua del pozo en el hogar de su infancia, decidió sumar la voz de más mujeres al diálogo y a las instancias de decisión sobre la ubicación de las obras de infraestructura. Porque son ellas quienes más las necesitan para que esa tarea tan agotadora no las limite y puedan hacer todo lo que quieren y se propongan.

“

Nosotras tenemos la capacidad de estar en miles de lugares cumpliendo diferentes roles. Yo creo que ahí está la fortaleza de las mujeres. Solo es cuestión de que se nos dé la oportunidad”.



“¿Quién acarrea cuando falta agua? La mujer mayoritariamente. Y ese tiempo que podría dejar de acarrear el agua porque tiene ya en su casa, le abre miles de posibilidades. Puede estar más con sus hijos, puede estudiar alguna cosa, puede tener una actividad productiva”.

Sara siguió trabajando para las comunidades rurales de Paraguay y hoy es la directora general de SENASA. Es la segunda mujer en ocupar esa posición en 50 años. La mayoría de los directores han sido hombres. Desde su posición se compromete con las personas y los proyectos, llevando su impronta a cada encuentro.

Aquello que vimos en la infancia, lo que nos dio curiosidad o nos conmovió, no nos abandona. Para Sara, ese recuerdo del patio y el pozo fue la chispa que hoy brilla en su mirada cada vez que abraza un proyecto nuevo y una comunidad accede al agua.

GRACIELA CASTILLO

La voluntaria que informa y educa
sobre los proyectos de agua

Historia 4

HONDURAS





Graciela Castillo tiene un superpoder, logra hacer visible lo invisible. Desde que llegó a Lejamaní con tan solo 12 años se dio una misión: ayudar a que las personas de la comunidad que tanto quiere vivan mejor, atesorando un recurso tan escaso como vital, el agua.

Lejamaní es una pequeña población del centro de Honduras, rodeada de cultivos y cerros cubiertos de árboles y arbustos frondosos, los caminos suben y bajan zigzagueando entre casitas coloridas, quintas y sembradíos. La gente es amable y el trato es afectuoso, pero durante años les faltó el acceso al agua corriente y potable en todos los hogares.

Graciela camina las calles de su pueblo con mucho orgullo. Todas las personas la conocen y saludan porque es la mujer que lucha por el agua. Para alguien que enfrentó la precariedad laboral y ha trabajado de forma voluntaria en su comunidad, ese reconocimiento es enorme.

Aunque de pequeña Graciela soñaba con hacer una carrera universitaria, la economía y las reglas que impone la sociedad la alejaron de esa posibilidad. Pero ella no es de las que se amedrentan ante la primera barrera. Poco a poco se abrió camino y con 18 años comenzó a trabajar en el Juzgado de Paz del pueblo. Fue haciendo carrera en el servicio público y llegó a formar parte del Correo Nacional de La Paz.

Al poco tiempo se enamoró de un hombre y se casó. Los hijos no tardaron en llegar y Graciela tuvo que tomar una decisión difícil. Su esposo trabajaba y, al igual que la mayoría de las hondureñas, ella ganaba un salario menor. Sin familia cerca con la que compartir la crianza, dejó su trabajo para dedicarse a una tarea igual de importante, pero sin remuneración: los cuidados.

En el trabajo doméstico diario registró una necesidad vital que afectaba a toda la comunidad. El agua que llega a Lejamaní proveniente del río Te-

panguare, en ocasiones, no era suficiente, un problema especialmente grave para las familias numerosas de la zona. ¿Cómo se puede cocinar sin agua? ¿O mantener la limpieza y la higiene? Sin agua no se puede vivir.

Graciela descubrió que las mujeres de su comunidad eran las más afectadas por la falta de agua porque son ellas quienes atienden las necesidades de la familia. La población comenzó a crecer y la falta de agua se volvió un problema cotidiano. “En la noche, si no hay luz se prende una candela y se acuesta temprano a dormir. Pero ¿y si no tenemos agua?”, se preguntó.

La pasión de Graciela por ayudar comenzó a florecer en forma de participación, de propuestas, de involucramiento. Cuando se convocó a la creación de la Junta de Agua, una organización que se encarga de administrar el agua en cada municipio, se presentó para integrarla y las y los vecinos de Lejamaní la eligieron para que fuera la Secretaria Directiva.

Desde ese espacio, acompañó el desarrollo de propuestas para mejorar el acceso al agua. Se debieron realizar obras para que la distribución llegase a todos los hogares. Por eso, desde la Junta trabajaron con el gobierno municipal para armar un proyecto que se ajustara a las necesidades del pueblo y buscaron la asistencia económica y técnica de organismos internacionales.

Integrar la Junta de Agua le permitió a Graciela retomar un camino de independencia y desarrollo laboral que había quedado truncado, desplegar habilidades nuevas y alcanzar objetivos que transformaron su calidad de vida y la de Lejamaní. Su relación cercana y sincera con la población de la zona se construyó caminando las calles, dialogando en plazas y comercios, forjando vínculos de confianza y construyendo comunidad alrededor de un interés común.

Las obras de infraestructura continúan hasta el día de hoy. Son procesos desafiantes y también agotadores. Los conflictos surgen y hay que tener disposición para contener las preguntas y dudas. Uno de los desafíos prin-

“

En la noche, si no hay luz se prende una
candela y se acuesta temprano a dormir.
Pero ¿y si no tenemos agua?”

👏 CUIDAR LA COMUNIDAD 👏



cipales es reemplazar las tuberías antiguas por otras nuevas. Esto genera inquietudes en la comunidad y, aunque Graciela ya no tiene un rol directivo en la junta, es quien mejor explica lo que implica este trabajo y alivia las tensiones cuando hay problemas. Su compromiso la rebasa y está tan fresco como el primer día.

“¡Buenos días!”, saluda mientras camina por las calles de su pueblo yendo a las escuelas para hablar con las niñas, niños y adolescentes de Lejamaní. La falta de trabajo y lugares donde estudiar empobrecen las perspectivas de la juventud, que se va de las zonas rurales en busca de oportunidades para su futuro.

Graciela los entiende. Ella tuvo que dejar sus sueños en pausa cuando tenía esa edad. Por eso, quiere contarles de su pasión por su comunidad, por el agua y el cuidado del ambiente y, también, sobre la necesidad de organizarse para impulsar salidas creativas e interesantes que los conecten con sus raíces y con el territorio que habitan.

“Teniendo agua tenemos salud. Tenemos mejor calidad de vida con el agua”, dice Graciela. Ella confía que a través de este proyecto se abran otras posibilidades para esa juventud y nuevas oportunidades para ella y su familia. Su experiencia inspiradora se coció a fuego lento entre la cocina y sus hijos, en las conversaciones con las vecinas, en el hogar, lugar de sostén y amor. Allí encontró todo lo que hace falta para impulsar ideas valiosas que convocan a la comunidad, el Estado y a las mujeres a tejer un presente más habitable para todas las personas.

NANCY GONZÁLES

De uñas y grasa de eje en su camino
hacia convertirse en operadora de
maquinaria pesada

Historia 5

ARGENTINA





Cuando Nancy era una niña en Paraguay, no tenía problemas en ceder las muñecas para jugar con los camiones. Los hacía subir montañas de tierra con la caja llena de palitos y hojas que luego descargaba en la cima. “¡Qué tiene esta niña con esos juegos de varones!”, se preguntaban las vecinas asombradas.

Nancy jugó poco tiempo. Se puso en pareja con Jorge siendo una adolescente y muy pronto pasaron de ser dos a ser una familia. Cuando las oportunidades comenzaron a escasear, se mudaron a Argentina con sus hijos. Él consiguió empleo en la construcción y Nancy comenzó a limpiar casas y a cuidar niñas y niños.

Hay quienes dicen que no hay sueños grandes o pequeños, pero una apladora o una excavadora ¡son realmente enormes! Nancy las veía en una construcción desde la ventana del edificio en donde trabajaba y pensaba, “¿será difícil aprender a conducir las?”

La obra la tentaba a diario con sus sonidos y movimientos. Le traía a la memoria sus juegos de niña y dudaba. “Ese no es un trabajo para mujeres”. “Es muy riesgoso”. “¿Cómo vas a hacer para mover eso vos sola?”, le comentaban amigas y familiares cuando les contaba de sus sueños.

Buscó en el diccionario la palabra duda, decía “cuestión que se propone para ventilarla o resolverla”. Las dudas nos obligan a tomar una pausa para pensar, para trazar una estrategia. Nancy tenía muy claro lo que quería: “Me surgió la idea de investigar cómo funcionan. ‘Algún día... voy a aprender y voy a trabajar en eso’, me dije a mí misma”.

¿Por dónde empezar? Nancy comenzó a ver videos instructivos en YouTube para estudiar cómo se operaban varios tipos de máquinas. Recurrió varias veces a su esposo para hacerle preguntas y consultarle sobre la construcción y las reglas de ese espacio de trabajo.

Para Jorge también era extraño que su esposa tuviera este interés, él pensaba que la obra no era un lugar para una mujer. Pero Nancy pudo convencerlo de lo contrario. Cuando se sintió lista, se inscribió para el examen habilitante y obtuvo una licencia de operadora de maquinaria pesada.

Mientras pinta con esmero sus largas uñas, recuerda que el día que la tomaron como operadora puso a prueba todas sus ganas cuando por primera vez estuvo al mando de una compactadora: “Subí a la máquina y me dije a mí misma que no podía tener miedo, ¡porque quería aprender!” Al finalizar el turno, su jefe la felicitó. Nancy no solo ganó confianza, sino también rompió con algunos prejuicios demostrando que con preparación y esfuerzo podía estar al nivel de sus compañeros: “Si tu pareja te apoya, sentís que no estás sola. ¡Se siente bien hacer lo que te gusta!”.

Hoy Nancy opera maquinaria en la construcción de una planta de transferencia de residuos sólidos urbanos en la ciudad de Moreno, en las afueras de Buenos Aires. Comparte el lugar de trabajo con su esposo, ambos se encargan de sus hijos, la casa y también se acompañan con mate en las pausas de la obra.

Las mujeres no suelen trabajar en la construcción. Nancy cree que es porque los dueños de las empresas y los jefes son hombres que no siempre confían en las capacidades de las obreras u operadoras mujeres. Avanzar en terrenos nuevos como la igualdad en las oportunidades laborales, es una tarea permanente que requiere persistencia, algo que las mujeres saben hacer muy bien.

En general, los sueldos de las trabajadoras suelen ser más bajos que los de los hombres porque sobre ellas pesan los estereotipos de género y no siempre alcanzan puestos de decisión o de mando. Muchas se desempeñan en áreas que no son tan valoradas por el mercado y dedican gran parte de su tiempo a un trabajo no remunerado: el cuidado. ¿Quiénes se ocupan de las infancias, de los enfermos y las personas mayores? ¿Quiénes

“

Para mí es importante como mamá que mis hijos estudien y que hagan lo que a ellos les gusta. Que aprendan oficios o que se reciban de algo que a ellos les guste, porque hacer lo que a uno le gusta te da alegría”.

SI TE GUSTA, SE PUEDE



limpian y mantienen el orden en los hogares? ¿Quiénes cocinan y hacen las compras?

Con su nueva carrera, Nancy no solo pudo cumplir el sueño de operar las máquinas que tanta curiosidad le daban, también mejoró su salario y la calidad de vida de toda su familia. El nuevo trabajo es una promesa de futuro para ella y para sus seres queridos: “Para mí es importante como mamá que mis hijos estudien y que hagan lo que a ellos les gusta. Que aprendan oficios o que se reciban de algo que a ellos les guste, porque hacer lo que a uno le gusta te da alegría”.

SONIA HENRÍQUEZ

Uniendo el desarrollo y la
cosmovisión indígena para un
futuro sostenible

Historia 6

PANAMÁ





Una canción suena en el agua, la cantan las mujeres de la aldea. Sonia Henríquez la escuchó en su infancia, cuando acompañaba a su madre y a las mujeres de la comunidad al río a recolectar lo necesario para cocinar y bañarse. Esa música que se colaba entre sus pies y le hacía cosquillas, la acompañó toda la vida.

Para el pueblo Guna Yala del Caribe de Panamá las historias son muy importantes porque en ellas se guarda la memoria del pueblo. El abuelo de Sonia era el médico tradicional de la comarca y se las contaba todas bajo las estrellas. Con paciencia le explicaba por qué brillan las estrellas y cómo cuidar de su tierra, del río y de todos los seres vivos que la habitan.

Sonia creció en una aldea junto al mar, aprendió de aves y peces. Al reparo de la sombra de los árboles trenzó su cabello y durmió arrullada por la brisa. Cuando cumplió 8 años, sus padres la mandaron a estudiar a la ciudad. Querían que fuera a la escuela para aprender cosas nuevas y, también, para compartir los saberes que traía con ella.

Estudiando, Sonia descubrió que podía soñar con un futuro en el que su pueblo tuviera más y mejores oportunidades. Siguió los pasos de su abuelo sanador y se recibió de enfermera. Volvía todo el tiempo a visitar a su familia, no solo para abrazarlos y compartir, sino también porque quería encontrar la forma de ayudar a su pueblo.

“El agua es mujer porque es la que nos da alimento. Es la que nos da la vida, desde el momento que estamos en el vientre de la madre, cuando se nace, cuando se crece, cuando llegan las diferentes ceremonias, siempre está el agua”, pensó Sonia mientras veía cómo había cambiado el río. Por la contaminación y el cambio climático, ya no era el mismo y su pueblo Guna tenía menos agua para vivir.

Con ese impulso comenzó a involucrarse y se transformó en la referente del cambio al ser la primera en asumir la Coordinación Comarcal de Mujeres Guna. Representar a las mujeres de su pueblo es algo que Sonia asumió naturalmente. Conocía muy bien el territorio y las necesidades, sabía del papel que cumplen ellas en la recolección del agua. Además, era necesario tender puentes entre la cosmovisión Guna y las organizaciones y gobiernos que deben velar porque se respeten los derechos de todas las personas respetando su identidad cultural.

Más tarde, Sonia se incorporó a la Coordinación Nacional de Mujeres Indígenas de Panamá (CONAMUIP) y al tiempo asumió la presidencia de la organización. Lleva en ese puesto más de 10 años, lo que le permitió conocer a otras poblaciones indígenas de Panamá y a más mujeres que la acompañan en proyectos que buscan favorecer el acceso al agua de sus comunidades.

Respetar la identidad cultural de los pueblos indígenas es para Sonia una parte fundamental del diálogo que se establece a la hora de construir acueductos, trazar accesos posibles a lugares aislados y diseñar obras: “Nuestra organización viene desde siglos, de nuestras abuelas y abuelos. Tenemos una organización que trabaja desde la comunidad y la unidad, y en el agua se necesita mucho trabajo comunitario”.

Los colores y los estampados envuelven a las mujeres Guna que participan en los talleres de liderazgo que promueve Sonia. Ellas se llenan de confianza cuando pueden expresar sus necesidades en su propia lengua y con sus trajes tradicionales. Todas son guardianas de las historias y las costumbres de su pueblo y saben que su voz debe ser escuchada.

“Yo valgo como mujer indígena. Mi idioma es importante y mi vestido es importante. Tengo derecho a tener una buena vivienda, agua potable, una buena escuela. Tengo derechos”, dice Sonia.

“

El agua es mujer porque es la que nos da alimento. Es la que nos da la vida, desde el momento que estamos en el vientre de la madre, cuando se nace, cuando se crece, cuando llegan las diferentes ceremonias, siempre está el agua”.

INSPIRAR PARA TRANSFORMAR



El agua que una vez calmó su sed le cantó al oído. Cuando creció, Sonia supo muy bien qué hacer con esa música y se puso a seguir el ritmo, a organizar a las mujeres indígenas, a invitarlas a ser parte de un movimiento que protege a las comunidades defendiendo sus derechos y, sobre todo, respetan al agua como su maestra.

ADRIANA ACUÑA

La empresaria que rompió el techo de cristal en las juntas de agua de Costa Rica

Historia 7

COSTA RICA





Cuando Adriana era pequeña vivía rodeada de mariposas. Le encantaba mirar cómo desplegaban sus alas para volar y la suavidad con la que descendían en una flor para libar el polen. En su casa reinaban las mujeres que, como las mariposas, eran bellas y fuertes, tanto que construyeron su propio hogar y acompañaron el crecimiento de todos sus seres queridos.

Adriana también es una mujer fuerte y decidida. Cuando se mudó a los 17 años a Sierpe de Osa, un pueblo pequeño del oeste de Costa Rica, tuvo que poner en marcha todas las estrategias que había aprendido de su madre y de sus abuelas para sobrevivir en un entorno aislado y con dificultades para acceder a servicios tan necesarios como el agua corriente.

Aunque están rodeados de agua, no había cañerías ni cobertura suficiente para alcanzar a todas las casas de la zona. Adriana convivía con esas dificultades a diario y, al no existir sistemas de filtración, el agua no era segura para el consumo y sus hijas solían enfermarse.

A pesar de las dificultades, Adriana montó su propio negocio turístico. Muy pronto se convirtió en una empresaria exitosa en la zona. Su trato cordial y la responsabilidad con la que hacía su trabajo le valieron el respeto de todo el pueblo, algo que sería de gran importancia para dar el siguiente gran paso: salir del capullo.

El agua siempre había sido una preocupación para Adriana. Aunque existía una Junta de Agua local que se encargaba de la administración del recurso, estaba dominada por hombres. Las mujeres no tenían lugar, y las que la integraban, no tenían muchas chances de ser escuchadas o de que su opinión fuera valorada.

La trayectoria de Adriana en el negocio hotelero local llegó a oídos del tesorero de la Junta que le pidió ayuda para interpretar un informe económico complejo y explicarlo frente a la Asamblea. La claridad y precisión con la

que pudo dar cuenta de los temas hizo que fuera invitada a sumarse para fiscalizar el trabajo.

Al comienzo la desigualdad y el machismo se hizo sentir, pero Adriana persistió e hizo escuchar sus opiniones y propuestas sobre el desempeño de la Junta. El informe que presentó en relación con el funcionamiento del organismo hizo que la Asamblea convocara a una nueva Junta de Agua de la que ella fue nombrada presidenta, la primera mujer en ese rol.

Adriana sintió que comenzaba un nuevo capítulo en su vida. De repente, aquello que tanta preocupación le había generado por la salud de sus hijas volvía tocar su puerta transformado en oportunidad. Ahora, ella estaba lista para buscar soluciones y mejorar la calidad de vida de su comunidad. Con Adriana en la Junta, más mujeres se sumaron a participar. No solo el ambiente era distinto, también se sentían animadas para dar su opinión porque entendían de primera mano qué significaba proveer de agua sus hogares. Conocían el tiempo y el esfuerzo dedicado a esa tarea y la necesidad de contar con un recurso seguro para cuidar de la salud de todas las personas.

Hoy Adriana es responsable de un acueducto que abastece a más de 450 personas. Para ellas trabaja y también para el futuro que sueña para sus nietos. Ella ya lo está construyendo mientras impulsa la igualdad como bandera en su comunidad.

“Aparte de lograr que la mujer tenga agua continua y de calidad, esta mujer sabe que no va a perder dos horas en el río lavando y que ese tiempo lo puede usar para estudiar, para emprender, para ser dueña de su vida”.

Ahora hay nuevos desafíos. La contaminación está afectando algunos cursos de agua y es necesario hacer nuevas obras, concientizar a quienes todavía no advierten la importancia de la preservación de los ríos de Costa Rica. Además, otras comunidades por fuera de Sierpe necesitan que el servicio llegue a sus hogares y Adriana quiere hacerlo posible.

“

Aparte de lograr que la mujer tenga agua continua y de calidad, esta mujer sabe que no va a perder dos horas en el río lavando y que ese tiempo lo puede usar para estudiar, para emprender, para ser dueña de su vida”.

**EMPEZAR A VOLAR**

“Yo digo que sueño con los ojos abiertos, pero lo hago porque sé que lo podemos lograr. Mis compañeras de la junta se ilusionan, se emocionan y por eso seguimos, porque sabemos que podemos seguir avanzando y, sobre todo, podemos seguir soñando”.

El agua ha jugado un papel importante en la vida de Adriana. No solo rodea su amado Sierpe, también fue la que le permitió confiar en su potencial y le dio alas para alcanzar lugares que no se atrevía a soñar. Como las mariposas, el afecto y el compromiso se multiplica y nos lleva a lugares insospechados. Transformando su vida, Adriana pudo hacer mucho más por las personas de su pueblo. Solo había que animarse a volar.

UMAMAMAS

Madres del agua en Bolivia

Historia 8

BOLIVIA





El sol baña todo el campo y el horizonte se dibuja en las cuevas de las montañas. Los pastos amarillentos se mecen despacio con la brisa. Una traza de cultivos hace un dibujo en el suelo donde asoman las huertas. Junto a unos atados de hierba, un grupo de mujeres en ronda reza y agradece a la Tierra. Algunas son ancianas, las más jóvenes están con sus hijas e hijos, y otras están solas, pero todas son madres.

Bella está en la ronda. Es una joven estudiante universitaria que vive a las afueras de La Paz, Bolivia, en las comunidades de Suriquiña y Palcoco. El territorio es agreste y seco, está a más de 3600 metros sobre el nivel del mar y muy cerca de las montañas donde nacen las cuencas que proveen de agua a las grandes ciudades y a las poblaciones rurales.

Las familias de la zona se dedican principalmente a la agricultura y hacen artesanías. Las mujeres cuidan de sus hijas e hijos, se encargan del hogar, de la educación y la salud, y se ocupan de los cultivos, mientras que los hombres trabajan en el campo o en zonas alejadas donde tienen mejores oportunidades laborales.

La crisis ambiental y el cambio climático afectó seriamente la vida cotidiana de Bella y su familia. Hay cada vez menos agua para las comunidades y los animales. Los pozos se secan, la siembra se resiente y las mujeres tienen que hacer largas caminatas para conseguir el agua suficiente para cocinar o higienizarse.

Son ellas las que sostienen con paciencia la vida en el altiplano boliviano, las que arman estrategias para salir adelante y acompañarse en momentos complicados. Por eso, fueron las primeras en sumarse a un proyecto para mejorar el acceso al agua de la población, así nacieron las Umamamas.

En aimara, la lengua nativa de Bolivia, umamama significa “madres del agua”. Ese es el nombre que se dieron las mujeres de Suriquiña y Palcoco

que se reúnen todos los sábados en el campo para capacitarse sobre la preservación del agua, plomería y sistemas de riego.

“Las Umamamas son importantes porque ellas desde que son niñas han visto el agua fluir por sus parcelas, han visto el agua desde sus nevados. Tienen una relación, un vínculo bien fuerte con el recurso agua”, cuentan.

Al comienzo, los hombres de la comunidad no confiaban en el proyecto. Les parecía extraño que se convocara solo a las mujeres y se acercaron preocupados a los encuentros. Para ellas la construcción de independencia y el empoderamiento es un camino arduo porque el machismo y las desigualdades de género atraviesan a toda la sociedad.

Poco a poco lo fueron logrando. Ahora las mujeres no dependen de sus esposos o de un plomero para colocar las cañerías, regar los cultivos o purificar el agua para el consumo. Cuando Mary les explica a sus hijas y a su hijo qué hace los sábados con las Umamamas les cuenta que, así como ellos van a la escuela a aprender, ella también tiene mucho para aprender.

“Estamos empezando a mostrarnos como somos y también a enseñar a nuestras familias, a nuestros hijos cómo debemos cuidar el agua”, dice Mary.

Bella y su madre forman parte de la Umamamas. Mary, también. Como integrantes del proyecto, sumaron conocimientos esenciales que les permiten ser independientes y autosuficientes. Conocen las herramientas, cómo hacer las instalaciones, qué cuidados deben tener y comparten lo que aprendieron con toda la comunidad.

Las Umamamas hicieron posible que las poblaciones de Suriquiña y Palcoco accedan al agua. Hay un grifo en todas las casas, hay riego para los alimentos que cultivan y también ganaron confianza sobre sus saberes. Las tradiciones milenarias que las acompañan les dan fuerza y sustento, sus vestimentas tradicionales, su lengua y sus prácticas conforman una red de identidad que las contiene y las integra.

“

Las Umamamas son importantes porque ellas desde que son niñas han visto el agua fluir por sus parcelas, han visto el agua desde sus nevados. Tienen una relación, un vínculo bien fuerte con el recurso agua”.

**MADRES DEL AGUA**

“Las mujeres se están levantando. Se enfrentan al mundo como cualquier persona. Están empoderadas. Ya no tienen miedo a nada”, explican las Umamamas.

En un lugar del altiplano boliviano un grupo de mujeres juega al fútbol después de terminar un taller de plomería. Sus polleras bailan al ritmo de la pelota. Se divierten, se ríen bajo el sol y tejen en ese encuentro una red que las fortalece. Son madres, agricultoras y cuidadoras del agua. El orgullo se ve en sus ojos, saben que están haciendo algo grande, ser madres como la Tierra.

MUJERES AGUAS ARRIBA